Serie V Tegucigalpa, 11 de Diciembre de 1895 Núm. 60.

EL PENSAMIENTO

SEMANAL LITERARIO.

DIRECTOR Y FUNDADOR --- F.ª TURCIOS.

EL PENSAMIENTO

DEDICA EL PRESENTE NUMERO

á la memoria del

Dr. Leovigildo A. Casco

como un homenaje á sus méritos

Leovigildo A. Casco

ESTE interesante joven, hijo distinguido de Tegucigalpa por las muchas cualidades que poseía, acaba de morir en Choluteca, lejos de la mayor parte de su familia y de sus más caras afecciones. Aquella sociedad, en donde era también generalmente querido, tuvo la satisfacción de prodigar á nuestro querido amigo esmeradísimos cuidados y, últimamente, le dedica sus lágrimas como justo tributo rendido en aras del dolor!

Ayer no más vimos por última vez al amigo Leo! Triste, meditabundo, como presintiendo que se alejaba para siempre de todo lo que amaba, nos dijo adiós para dirigirse precipitadamente á Amapala, en donde se encontraba su padre gravemente enfermo. Desgraciadamente llegó tarde.....su padre había muerto, sin que él recogiese su último suspiro....y, en su acerbo dolor, no tuvo más consuelo que el de sepultar sus restos queridos.

Las fatigas del camino y, más que todo, el pesar, contribuyeron para que la terrible fiebre le atacase al llegar á Choluteca. Todo esfuerzo para salvarlo fué inutil; y el veintisiete por la noche, el telégrafo nos comunicó la triste noticia de que había dejado de existir.....!

Su muerte deja un vacío inmenso en su hogar, y en el corazón de todos aquellos que fuimos honrados con su cariño.

Joven, muy joven aún, pues no contaba más que veintisiete años, supo conquistarse, de una manera rápida, una envidiable posición social. Admirado, querido y estimado de todos, vivía en una atmósfera de cariño que lo hacía verdaderamente feliz. Alégre, comunicativo, franco y sincero, en su modo de ser, se hacía querer y apreciar á primera vista.

A la edad de veinticuatro años coronó su carrera de abogado; y durante el tiempo que ejerció su profesión, lo mismo que en los puestos públicos que ocupó, se distinguió siempre, no sólo por su honradez y clara inteligencia, sino también por su buen criterio y por su carácter verdaderamente independiente. Cuántas ilusiones perdidas! Cuántas esperanzas muertas en los albores de la vida.....! y, sobre todo, cuánto

dolor para su pobre familia que veía en él, á la vez que al joven mimado, ídolo de su cariño, al jefe del hogar, laborioso, solícito, entregado siempre al cumplimiento de sus deberes.

Allí está su cuartito de estudio en donde palpita aún, en cada objeto, el alma de su dueño....! Alegre, riente, lleno de luz ayer, está hoy convertido en santuario del dolor! Libros abiertos, papeles en desorden....piezas de ropa, con el calor todavía de aquel que se ausentó para siempre, y....flores marchitas, conservadas como un recuerdo de amor, después de haber sido talvez acariciadas con delirio....! Todo en fin, habla al corazón y lo hace estremecerse de dolor, dudando aún, en presencia de tantos objetos queridos, de la tristísima realidad!

* * *

Duerme en paz, amigo mío, en ese suelo que no te vió nacer pero que conservará con religioso respeto tus despojos! Los pinares de Tegucigalpa no te acariciarán con su aire embalsamado y gemidor....pero el cielo radiante y despejado de ese horizonte sin fin, derramará siempre sobre tu frío sepulcro torrentes de vívida luz, que harán menos triste la soledad de tu última morada!

Adiós para siempre, querido Leo....! Con lágrimas del corazón te dedico hoy estos tristísimos recuerdos....! mañana talvez podré regar con ellas tu sepulcro y ofrendarte, con el alma elevada á las infinitas regiones de la eternidad, una flor, una corona de ciprés, como símbolo de mi cariño, como emblema de mi dolor profundo....!

AMALIA.

Noviembre 30 de 1895.

In memoriam

LEOVIGILDO A. CASCO, el joven abogado, el amigo leal y cariñoso ha abandonado la escena de la vida, dejando á todos los que verdaderamente le quisimos: "luto en el corazón, llanto en los ojos."

¡Triste desenlace el de su existencia!

Cuando en su cerebro, todo luz, germinaban nobles ideales; cuando constituía una legítima esperanza para la patria; cuando consagraba toda su actividad al trabajo y principiaba á recoger los maduros frutos de su estudio; cuando lleno de juventud, que es la primavera de la vida, acariciaba las más bellas ilusiones; cuando pensando en la adorada de su alma recogía quizá el plumón que debía formar su caliente nido; entonces ¡ay! el hado infausto, la fatídica ave negra batió sobre él sus alas, y hubo profundo vacío en el seno de su hogar antes dichoso *, y le faltaron las caricias paternales y la muerte, esa pálida novia, posó sobre él sus labios fríos, y al contacto de ese beso glacial se heló la sangre de sus venas y sus ojos se cerraron para siempre.....!

¡Ay! á tan terrible catástrofe no ha sobrevivido más que el recuerdo de sus méritos, y su nombre limpio cuya memoria será siempre perdurable.

Si, querido Leo, jamás te olvidaremos. Desde esta mansión terrestre hasta la de luz en que habitas, vayan á tí nuestros homenajes, nacidos del corazón y purificados con el rocío de nuestras lágrimas.

¡Descansa en paz!

E. GUARDIOLA.

Tegucigalpa: 9 de diciembre de 1895.

Leovigildo A. Casco

(REQUIESCAT IN PACE)

"La muerte que no acata preeminencia,
Ni al valor, ni á la ciencia,
Que al humilde pastor y al soberano
Hiere con igual mano,
Acaba de cortar con duro filo
De una vida preciosa el débil hilo."

A cada momento nos convencemos más de la triste verdad que contienen estos versos. Escritos por el primero de nuestros poetas, en uno de esos solemnes momentos de dolorosa

* Me refiero á la muerte de su padre acaecida pocos días antes.

impresión, en que el espíritu acongojado, lamenta la eterna ausencia de una persona querida, encierran una ley ineludible á que todos estamos sujetos.

Hoy, en medio del dolor más profundo, los evocamos, al llorar la despedida de un amigo que se fué para siempre de este mundo, y á quien admirábamos por sus raras y virtuosas prendas morales.

Leovigildo A. Casco! El es, quien emprendió en muy temprano tiempo el gran viaje hacia la eternidad; él es quien dejó esta tierra, que no era la de su noble espíritu, por irse allá á disfrutar de la paz sin límites.

Su vida, cuál fué? La pluma no correrá en el papel para pintar las heroicas hazañas del militar denodado; ni las grandes labores del hombre científico; ni las luchas del periodista valiente; pero si hallará de la amistad sincera, del caballero fino; de aquel corazón en donde, como en urna preciosa, anidaban la paz, la virtud y el bien. No fué el poeta que cantó, ni el orador que en la tribuna dominó la elocuencia; pero si fué siempre en el foro; el digno representante de la justicia.

Jamás vimos en su mano, ni el pincel del artista, que anima la materia, ni la pluma del crítico que extirpa los vicios y purifica las obras del ingenio; pero tuvimos ocasión de ver y admirar en él la destreza y rectitud con que sabía manejar el arma poderosa de la justicia, la ley.

Ese joven que ya no existe, tenía esa gran talla moral.

Ha muerto fuera de su familia, sin que en sus últimos momentos, sintiera su espíritu el calor vivificante de la amistad y del cariño.

Pobre amigo! Sus días pasaron, con la velocidad del relámpago, con la fugacidad que una nube, surca el firmamento: desapareció del escenario de la vida, en un instante, como desaparecen las brisas de la mañana, los últimos rayos del sol!

Cuántas ilusiones muertas! Cuántas nobles ambiciones tronchadas en flor!..

La pálida muerte con su traje negro, tocó la puerta; la abrió el joven amigo, y juntos emprendieron el viaje eterno: ella volverá, pero ¡él! ay!...nunca..nunca....jamás.... ...!

José I. GONZÁLEZ.

Tegucigalpa: noviembre, 1895.

Leovigildo A. Casco

¡QUÉ desgracia, Dios mío, morir en los albores de la ventud, desposarse para siempre, en los umbrales de vida, con la muerte, con esa novia pálida y triste, que ricia con un beso frío en los quemantes labios; que sed los desesperados con sus promesas, tal vez quimeras; y hace llorar al borde del sepulcro á los que cruzan por el do hollando flores, que la felicidad ha regado á sus pies!

Por eso ahora, al consagrar este recuerdo cariñoso memoria de nuestro inolvidable *Leo*, sentimos en el a inmensa pena, que no puede traducirse sino con lágri como que son la más elocuente expresión del dolor; y en momento en que evocamos su recuerdo, nos parece oír el lúgubre tañido de la campana funeral que anuncia muerte del amigo. Si sentimos la muerte de un anc como no hemos de llorar á la juventud!.....

El Doctor Leovigildo A. Casco, dijo adiós al mundo 27 años, llevándose sus aspiraciones truncadas por la cruel de las sorpresas. Su nobleza de alma, su talento carácter, le conquistaron el aprecio general, en medio disturbios y egoísmos políticos, y hasta sus mismos enem reconocen ahora sus méritos, que por desgracia ese reco miento póstumo, no le sirve sino como de oración fú Hagamos, pues, justicia á la verdad y digamos sencillam que la muerte del Doctor Leovigildo A. Casco, acaecida Choluteca, el 27 de noviembre último, ha quitado á la P una de sus más legítimas esperanzas, honra del foro hon reño.

Qué descanse en paz el amigo querido, que la amis olvidará su nombre, pues *Leo* será siempre para nosotros grato recuerdo.

ANTONIO M. CALLEJAS.

Tegucigalpa: 9 de diciembre de 1895.

Leovigildo A. Casco

¡QUÉ desgracia, Dios mío, morir en los albores de la juventud, desposarse para siempre, en los umbrales de la vida, con la muerte, con esa novia pálida y triste, que acaricia con un beso frío en los quemantes labios; que seduce á los desesperados con sus promesas, tal vez quimeras; y que hace llorar al borde del sepulcro á los que cruzan por el mundo hollando flores, que la felicidad ha regado á sus pies!

Por eso ahora, al consagrar este recuerdo cariñoso á la memoria de nuestro inolvidable *Leo*, sentimos en el alma inmensa pena, que no puede traducirse sino con lágrimas, como que son la más elocuente expresión del dolor; y en este momento en que evocamos su recuerdo, nos parece oír aún el lúgubre tañido de la campana funeral que anunciaba la muerte del amigo. Si sentimos la muerte de un anciano, como no hemos de llorar á la juventud!.....

El Doctor Leovigildo A. Casco, dijo adiós al mundo á los 27 años, llevándose sus aspiraciones truncadas por la más cruel de las sorpresas. Su nobleza de alma, su talento y su carácter, le conquistaron el aprecio general, en medio de los disturbios y egoísmos políticos, y hasta sus mismos enemigos reconocen ahora sus méritos, que por desgracia ese reconocimiento póstumo, no le sirve sino como de oración fúnebre. Hagamos, pues, justicia á la verdad y digamos sencillamente que la muerte del Doctor Leovigildo A. Casco, acaecida en Choluteca, el 27 de noviembre último, ha quitado á la Patria una de sus más legítimas esperanzas, honra del foro hondureño.

Qué descanse en paz el amigo querido, que la amistad no olvidará su nombre, pues *Leo* será siempre para nosotros un grato recuerdo.

ANTONIO M. CALLEJAS.

Tegucigalpa: 9 de diciembre de 1895.

27 de Noviembre

AYER no más, sonreía cariñosamente á sus amigos. Franqueza, lealtad en sus amistades, exquisitez en sus sentimientos y de un criterio poco común á su edad, he ahí sintetizado lo que fué nuestro querido Leo.

¡Mes de noviembre, de los pesares y de las esperanzas muertas, no podías haber escojido mejor tu víctima, para llenar el largo catálogo que cuentas ya!

* * *

Parece que hay un ángel allá arriba, que dotado de la facultad de crear lo bueno y lo bello, se complace á la vez, en destruir aquellas de sus obras que han superado la concepción que tuvo al darles vida. No creyó él, que podía haber aquí abajo, seres á quienes se les tiene envidia, seres que rivalizan en cariño con él, y cada vez que lo conoce se extremece de ira y los reduce á la nada sin consideración alguna.

"¡Porqué los buenos se van, porqué los malos se quedan!"

El ave, que con rápido vuelo asciende el cielo, caé asfixiada.....

Le es vedado traspasar ciertos límites.

El reptil, que se oculta en la sombra para clavar su diente emponzoñado, sale airoso en su empresa y ríe después de su víctima.

Al fin lo que se arrastra, no puede menos que quedar aquí. Lo grande, lo noble, lo que vuela, sube al cielo, santificado por la oración.

Hay hombres que con su inteligencia escalan las cumbres de la gloria, y á quienes si se comprendiera se divinizaría; pero fatal destino! como el ave en medio de su carrera, les falta aliento y caen, marchitando muchas esperanzas y llevando el dolor y la desesperación á la patria y á la familia.

Las madres, desamparadas por sus hijos, se las ve emblanquecer rapidamente el cabello y marchitárseles el rostro por el pesar.

Los hermanos: pájaros de un mismo nido, no sentirán más el dulce y tibio calor del que se fué para no volver.

Y la novia...., pálida por el sufrimiento y con luto eterno en el corazón, dobla su cabeza ante el Señor, jurando con-

servar puro, en el santuario de su alma, aquel cariño, dicha de otros tiempos, que al oído... y muy quedo....se confesaban ruborosos.

¡Tanto dolor es fuerza que deba tener su recompensa!

El que se va, sentido así, ha de ser muy feliz en el cielo. Es imposible que Dios no se compadezca de los que se quedan sufriendo tanto, concediendo la dicha á los que parten.

* * *

¡Leo: duerme en paz el sueño de la tumba! Tus amigos que te conocimos y quisimos, te lloramos con lágrimas de sentimiento verdadero, y tu familia, y....todos, sentimos tu muerte como lo mereces. Tú, que has ido á aumentar al seno de Dios el número de sus escogidos, ruega á él, por nosotros!

MANUEL MEMBREÑO.

Tegucigalpa: 30 de noviembre de 1895.

NOTAS.

A PESAR de que ya se había dicho, que durante la ausencia de su Director, este periódico no vería la luz pública, sin embargo al tratarse en vísperas de su viaje de si cedía un número para dedicárselo á la memoria de nuestro amigo Casco, con gusto lo hizo, no pudiendo él, por su marcha repentina consagrar algunas líneas al amigo querido.

El DIA 28 de noviembre, se celebraron en la Iglesia Parroquial de esta ciudad, las honras fúnebres dedicadas al Doctor don Leovigildo A. Casco, con motivo de su muerte acaecida en Choluteca el 27 del mismo mes.

La concurrencia fué escogida: señoritas y caballeros de riguroso luto fueron á rendir su último homenaje á la memoria del difunto.

Con este motivo circuló la invitación siguiente:

SEÑOR:

Mañana á las 7 a. m. se celebrarán en la Iglesia Parroquial honras fúnebres, dedicadas á la memoria de nuestro inolvidable amigo,

LIC. DON LEOVIGILDO A. CASCO.

En nombre de su apesarada familia, y en el nuestro, suplicamos la asistencia de U. á dicho acto.

Sus atentos S. S.

Enrique Pinel.—Trinidad E. Rivera.—Miguel P. Lardizábal. A. M. Callejas.—Julio César Durón.—Samuel Gómez E.—Manuel Membreño.

Tegucigalpa, noviembre 28 de 1895.